

LUTERO, PROTESTANTISMO Y CARLOS V EN LA LITERATURA

MIGUEL ÁNGEL LAMA
Universidad de Extremadura

«**L**a primera mitad del siglo XVI es una de las épocas más fascinantes de la historia y de la cultura españolas. Por espacio de unos cuantos años, España fue un país receptivo a las tendencias de renovación espiritual que llegaban del norte de Europa, un país libre, cosmopolita, abierto al mundo. El clima espiritual de España y de Europa en aquellos años era singularmente rico y variado. La defensa de la religión interior y del retorno a la fuente crística y evangélica que proponía Erasmo se enfrentaba con la religión de las bulas, las indulgencias y los rituales de la iglesia oficial. Por doquier aparecían tendencias místicas. El iluminismo prendió con fuerza en España. Los *abandonados*, convencidos de que podrían alcanzar a Dios si lograban vaciar la mente de pensamientos, practicaban una especie de meditación zen, mientras que los adeptos del *recogimiento* pretendían encontrar a Dios no entre los mármoles y los dorados de la iglesia, sino en la iglesia interior del santuario del corazón.»

Son palabras del escritor Andrés Ibáñez (Madrid, 1961), publicadas en *Revista de Libros* en noviembre de 1998, como comienzo de su reseña de una novela cuyo contexto histórico es ese que indica Ibáñez y que constituye uno de los ejemplos literarios más idóneos para hablar de la proyección en la literatura española de finales del

siglo XX de aquella corriente reformista, y que no es otro título que *El hereje*, de Miguel Delibes (1920-2010), publicada en 1998.¹

Comienzo excusándome por no ser nada especialista en los asuntos que se abordan en este libro; solo soy un mero lector interesado en la proyección literaria de corrientes de pensamiento y hechos históricos que han sido fundamentales en nuestro devenir.

Sin embargo, alguien que ha trabajado la presencia del protestantismo en la literatura española desde 1868 hasta finales del siglo XX, el profesor Patrocinio Ríos Sánchez, autor de una gran tesis dirigida por Andrés Amorós en 1991, colabora en este volumen. Por ello, me parece ocioso y sin sentido que yo abunde en ejemplos literarios sobre esto.

Esto es una primera confesión de ignorancia y de dependencia de los que saben.

La segunda, atinente más al contexto histórico, el del reinado o la figura de Carlos V, es que puede resultar cuando menos curioso que la recopilación de datos sobre Carlos V en la literatura se haya convertido aquí en una aportación de peso, en un dato bibliográfico: la existencia de un estudio fundamental de un compañero ya fallecido, Gregorio Torres Nebrera, y sirva esto como recuerdo a su labor. En 2011, la Biblioteca de Extremadura, en su colección «Alborayque», publicó el estudio *Un monarca, unos textos, una historia. La imagen literaria de Carlos V*, que parafraseaba en su título el verso de Hernando de Acuña «un monarca, un imperio y una espada» de un soneto que unos aplican al emperador Carlos y otros a Felipe II.

En ese volumen se hace un exhaustivo repaso de esa imagen literaria desde la poesía del siglo XVI, con hitos como el *Carlo famoso*, de Luis Zapata, hasta el teatro y la narrativa contemporáneos, en un

1 Patrocinio Ríos trata en su tesis un manualito de Historia que escribió Delibes en 1949, con veintinueve años, y en el que expresó una visión muy sesgada de Lutero, la novela *El camino* (1950) y algunos textos de viajes.

total de casi noventa referencias. Y es que el libro de Gregorio Torres Nebrera es también una utilísima antología de textos, como no podía ser de otra manera en un repaso panorámico como el que hace.

De este modo, quedarían aquí representados los dos objetos que podrían tomarse como referentes para seguir su proyección literaria. Por un lado, Lutero y la Reforma, y las tendencias espirituales del siglo XVI y, por otro, la figura de Carlos V. Y en esos dos campos se puede remitir a las dos autoridades que acabo de citar.

Afianzado sobre ambos pilares críticos, me gustaría detenerme muy brevemente en algunos hitos; en función de su trascendencia o por su carácter singular o por mis afinidades lectoras.

La historia literaria está llena de ejemplos en los que quedan materializadas la representación artística de algunos de los atributos del Emperador y la imagen del poder.

Y aunque entre todo el corpus de textos sobre Carlos V son mayoría los que abordan el período de la renuncia al poder y el retiro a Yuste, en ellos se insiste reiteradamente en el pasado glorioso, en el poder omnímodo, en la condición de César; incluso en ejemplos en los que se contraponen vida activa y vida retirada, como en uno cercano en el tiempo –de mediados del siglo pasado– y en el espacio de un versificador placentino llamado Vicente Neria:

A CARLOS V EN YUSTE

Todo lo hubiste y lo perdiste un día,
jinete de lomos de la Europa entera,
nada se opuso a tu triunfal carrera
en tu quehacer de imperio y monarquía.

Francia, Milán, América, Turquía,
Italia y Túnez arrogante y fiera,
y en Roma una tiara prisionera
y una caza magnífica en Pavía.

Todo lo hubiste. En incesante guerra
los poderes del cielo y de la tierra
vendidos fueron a tu invicta espada.

¡Y este rincón, al fin de tu existencia
donde sufrís la dura penitencia
de haberlo sido todo... y no ser nada!²

Está igualmente esto en el retrato que hizo Pedro Antonio de Alarcón en sus *Viajes por España* (1883), del que contamos, precisamente, con una edición de *Una visita al Monasterio de Yuste*, hecha por M^a Isabel López Martínez y que publicó la Editora Regional de Extremadura en 2007.

Y está en ejemplos menos conocidos, como la pieza teatral *El solitario de Yuste*, del aragonés Marcos Zapata (1845-1913), que se representó en 1877. En esa obra están los últimos momentos del Emperador que hace recuento de sus actos, está esa misma idea del soneto del placentino, pero ahí en boca de Juan de la Vega, presidente del Consejo de Castilla, que dice:

Después de llevar su aliento
triunfante de zona en zona,
deja la imperial corona
a la puerta de un convento.
Tras de hollar la redondez
de este orbe, que aún lo proclama,
sepulta su nombre y fama
de una celda en la estrechez.
Y buscando en su entereza
mayor arranque y más brío,
quiere ver su poderío

² Se publicó en la revista *Alcántara*, 122 (1957), pág. 26. Lo recoge Gregorio en su libro.

y su colosal grandeza
entre los negros crespones
de ese túmulo ejemplar,
donde vienen a parar
todas las generaciones.
Y en tan sagrado recinto
y ante esta tumba sencilla
quiere doblar la rodilla
el Gran César Carlos Quinto.

Y luego es el mismísimo Emperador el que hace recuento de su vida, excusándose casi por su poder temporal antes de ponerse en manos del ser supremo, y aparecen algunas acciones de su reinado de las que no se siente orgulloso, como su templanza –lo señala Gregorio Torres en su libro– con Lutero tras la Dieta de Worms (1521):

yo, que a ser más ligero,
hubiese con la sangre de Lutero
irritado al partido protestante,
perdiendo la Sajonia y el Bravante.

«Y es que –como dice Gregorio Torres– Carlos había comprendido –según voluntad del dramaturgo– que «el soplo de la idea / es más fuerte que el peso de las armas». Así que «el soplo de la idea / es más fuerte que el peso de las armas» y la confluencia de Lutero y el Emperador en la historia y en los textos, como el de Marcos Zapata, nos vuelve a llevar a los dos motivos principales de este libro, y es un buen modo de enlazar con la otra parte de referentes literarios de los que quería hablar y que han sido tratados por Patrocinio Ríos, la otra autoridad a la que me encomiendo.

De todo el corpus que él utilizó y utiliza para hablar de este asunto, a mí me interesa mucho el modo en que nuestros novelistas realistas,

los del XIX, trataron la religiosidad. Principal es Galdós, pero también Valera; en la manera que tuvieron de plantearse determinados avances o huecos por los que entender mejor la fe católica.

Lo dice Patrocino Ríos: «Pérez Galdós ha sido el escritor de su generación que más espacio ha concedido en su obra al protestantismo» pues «es el único que ha escrito una novela de no poco grosor con un protagonista protestante» (pág. 46). Ese protagonista protestante es Horacio Reynolds y la novela la publicó Cátedra en edición de Alan Smith en 1983, en la colección Letras Hispánicas. La novela *Rosalía*, de Galdós, es de 1872, perteneciente, pues a la primera etapa de su novelística, fue encontrada en la Biblioteca Nacional en el revés de las cuartillas manuscritas de la segunda serie de los *Episodios Nacionales*. Es un interesante hecho filológico que apetece traer aquí por este motivo de la presencia del protestantismo en la literatura española posterior.

No sé qué pensará Patrocino Ríos; pero a mí me parece que cabría extender el interés por todo esto de Galdós a su etapa espiritualista y a novelas como *Nazarín* y *Halma*, ambas publicadas en 1895, que abren sus preocupaciones a otros ámbitos, y que vuelven a ofrecernos una visión de la profesión sacerdotal que ni incluso hoy sería admitida. Como la más tenue de Valera en su *Pepita Jiménez* (1874).

Para terminar, me parece relevante que el origen de las ideas reformistas estén en un papel, en un texto escrito. En unas nuevas Escrituras. Por eso es tan importante la proyección literaria, escrita, textual de todo aquello.

Y en complicidad también con Javier Remedios, diré que en la película que sobre Lutero hizo en 2003 Eric Till hay un momento en el que el texto se recoge para imprimirse y divulgarse y empieza a difundirse. Y que sobre el texto difundido luego se intenta reprimirlo, destruirlo, quemarlo. El texto, pues, lo escrito. Una de las formas, la literaria, de propagar cualquier reforma.